





# SANGRE EN PUGNA



Orlando Villarreal Delgadillo

# SANGRE EN PUGNA



Primera edición: noviembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Orlando Villarreal Delgadillo

ISBN: 978-84-18544-34-7

ISBN digital: 978-84-18544-35-4

Depósito legal: M-26946-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local.

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A los dos seres que más amo,  
Corina Giselle y Alejandro José Villarreal.  
Mis hijos, mi orgullo.*





*Estas páginas contienen secretos, hablan de seres nacidos en lugares remotos, quienes por una u otra causa dejaron atrás sus orígenes y buscaron nuevas tierras.*

*A una atmósfera cargada de un calor sofocante, con una naturaleza desbordante y sensual de fondo, acariciada por corrientes incontenibles de aguas frescas, aún frías y posiblemente heladas, llegaron a la América, en tiempos ya lejanos.*

*Cargaron con sus prejuicios y sus miedos, vivieron con pasión y desbordaron sus sentimientos, tuvieron momentos felices y muchos colmados de tristeza, amaron y fueron amados, odiaron y fueron objeto del odio.*

*La juventud les abandonó y la vejez los cobijó, se enfrentaron a acontecimientos para los cuales no habían nacido y los percibieron de la única forma como sabían o quizá podían, con ímpetu, con temor y con emoción.*

*Se equivocaron y tuvieron sus aciertos, en su dolor se refugiaron en aquello que les prestó un poco de seguridad y los sorprendió la inexorable muerte. ¿Comprendieron lo vivido? ¿Entendieron lo sentido?*

*O solo permitieron fluir por sus cuerpos el ímpetu de su sangre, aquella que fue una mezcla y que siempre se mantuvo en pugna.*

*Sus espíritus fueron liberados con el perdón de aquel, quien es el único llamado a concederlo, si es que lo requerían.*



Primera parte

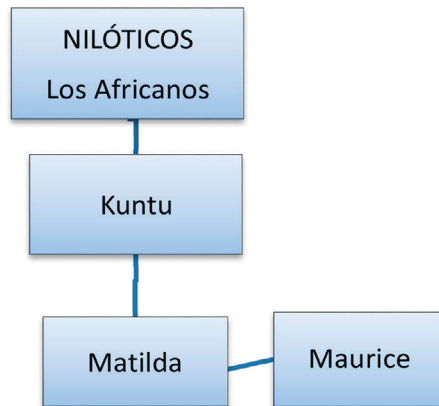
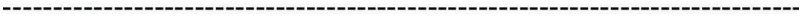
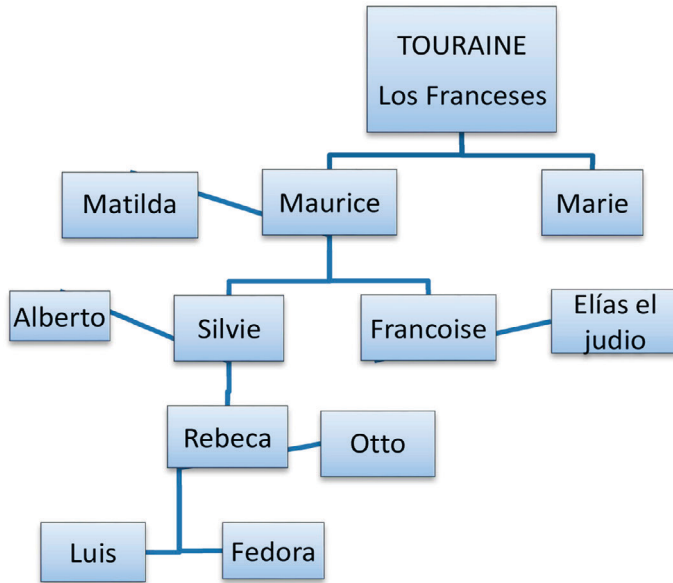
TOURAINÉ

Los franceses

Y

NILÓTICOS

Los africanos



## En nostalgia

Era en la tarde, cerca de las cuatro. El sol implacable atravesaba los diáfanos cristales de las puertas de la terraza. El resplandor moría sobre las alfombras tejidas muy lejos, en la China milenaria. Los helechos, nacidos para una atmósfera más húmeda y sombría. Se ahogaban en la sequedad que a su paso dejaba el atardecer. Al tronar de sus tallos por la dureza del calor. Luis levantó la vista del libro que le acompañaba a esa hora. Sus ojos de un color pardo tomaron un tono verde caprichoso bajo la luz del sol. Su mirada percibió los diversos colores que se destacaban por su intensidad sobre el tapete.

—Bellos colores los de la lana virgen. Diferentes tonalidades que forman una amalgama llamativa bajo el resplandor del sol — apreció Luis en la alfombra china.

Un suave olor a cereza criolla, en combinación con el perfume de la flor de La Habana, le llegó con la brisa cálida. Recuerdos del pasado se aglomeraron en su cabeza. Le invadió la nostalgia. A veces Luis no comprendía los sentimientos encontrados que luchaban bajo su piel como consecuencia de su sangre, una mezcla que venía de la lejana Europa. Por su ascendencia paterna, de la Alemania fría, su sangre se manifestaba en la dureza de sus facciones y la disciplina que jamás le abandonó en su vida. Esa dureza por momentos era dulcificada por la alegría de su ascendencia materna de la Andalucía, parte de la madre España. Y la impetuosidad de la sangre francesa de su abuela Silvie que contagiaba su mirada con energía. Sin olvidar a aquellas pocas gotas de pura sangre negra

de esclavos africanos que teñían de cierta melancolía a su carácter. Esa mezcla de sangre peleaba en su interior tratando de vencerse unas a las otras. Dando como resultado una inquietud que hervía bajo su aparente tranquilidad y dominio.

—¿Por qué estoy inquieto? Por momentos, la nostalgia me acompaña —exclamó Luis—. No me entiendo a mí mismo. Es como si hubiera incoherencia dentro de mí. No logro tener paz. A veces me invade la melancolía. Pero también contagio una gran alegría. Reflejo dureza en mis gestos. Y en momentos transmito dinamismo. Pero así mismo la quietud me reclama —comentó Luis.

Inesperadamente, la mirada de Luis se perdió en la lejanía. Su memoria se deslizó al pasado, a aquella tarde. Su cara reflejó aquel rictus de marcado dolor. La tristeza le invadió.

—¿Por qué este recuerdo me persigue perennemente? Me llega desde muy adentro. ¿Será que yo...? —Luis recorrió sus pensamientos.

Luis fue aislándose. Fue cayendo lentamente en aquella evocación de hondo dolor.

—Yo era un niño. ¡Pobre muchachito! ¿Tenía cuatro o cinco años de edad? —un Luis vacilante, en duda, no podría estar seguro—. Mi padre y mi madre discutían. ¿Qué sucedía? ¿Por qué se peleaban? ¡No quería oírlos! Me incomodaba. Acaso no entendían que me hacían daño. ¿Qué decían? ¿Por qué gritaban? —lloriqueaba el niño Luis.

Mi padre quería llevarme a visitar a mi abuela Erika.

—¡Oh! tenía miedo, esa señora me asustaba —se quejaba el niño Luis.

Con mirada suplicante, le pedí a mi madre que interviniera. Yo quería quedarme con ella. Mamá reaccionó. Mamá no quería que yo fuera. ¿Acaso yo fuera el culpable? No lo entendía. ¿Qué había hecho? Mamá le gritó a mi padre que no me llevara. Mi padre se enfureció. Le replicaba que me llevaría. Yo corrí hacia ellos. No quería que se pelearan. Estaba en el medio de los dos. Los miré. Ellos estaban furiosos. Mamá me haló. Mi padre levantó su mano.

—¡No, por favor, no vayas a pegarle a mi madre! —gritó Luis.  
Su golpe cayó en mi brazo. Mi padre me haló más fuerte.

—¿Qué hice, por qué me maltrataron? —se preguntó Luis.

Tenía miedo. Estaba temblando. Tenía frío. Quería irme a mi habitación. Anhelaba estar solo. Estar en mi rincón. Estaba como rígido. No podía moverme. Todo se oscureció.

Fui cayendo en el abismo. No recuerdo nada más.

Luis volvió al presente

—¿Qué me impide llegar al final del recuerdo? Siento dolor.  
Una sensación de hielo, que quema.

Otros recuerdos lejanos casi olvidados le llegaron lentamente. Evocación de su niñez y adolescencia transcurrida en un paraje muy peculiar.

Remembranza de una naturaleza caracterizada por los contrastes donde se topaba con calurosos parajes colmados de vegetación pródiga. De altos y gruesos follajes con ramajes cargados de hojas, ramas y lianas colgantes que crecían apretados como si el lugar fuera estrecho. En los que la claridad del sol se acercaba levemente. Y el aire estaba colmado de olores saturados que casi no permitían respirar llanamente, muy propios de la selva tropical.

—A veces casi no podía respirar. El aire estaba empalagado de aromas —recordaba Luis—. Los árboles lucían gigantescos. Muy cargados de enredaderas. El ramaje estaba cubierto de flores parásitas, de bellas orquídeas. Las orquídeas eran blancas, violetas y rojas. Todo comunicaba una sensación de llenura y de sofocación.

Reminiscencia de elevaciones de belleza extraña y de altura impresionante, donde el rigor del clima hacía casi imposible la vivencia de los seres humanos. Habitada de vegetación escasa y corta en su altura, en el que el ímpetu del viento silbaba su propia melodía, una de conmovedora soledad.

—Más arriba, en las montañas, ¡cuánto frío hacía! En aquella soledad, me apasionaba la música del viento. Sonaba insistentemente. Como si silbara. Me asombraba el retumbo de los riachuelos corriendo en prisa. ¡Qué solo era aquel paraje! Quizá por eso me gustaba—Luis se recreaba.

Memoria de caudalosas corrientes de agua que en un apuro de fluir y avanzar en un ímpetu llenaban el aire con un sonido hondo.

—Era como un sonido de alegría. El ruido del agua fluyendo en su cauce rápidamente. Como si quisiera llegar pronto a su destino. Me preguntaba por qué el río tenía prisa. Podía quedarme contemplándolo por un tiempo largo. Era fascinante —recordaba Luis.

Evocación de la región desértica en que los terrenos eran ásperos, donde las lluvias solo se aproximaban con timidez, en periodos de tiempo extremadamente cortos.

—Las lluvias eran absorbidas en segundos por la tierra, las gotas caían y desaparecían. La tierra estaba sedienta. El terreno, en la mayoría del tiempo, se cuarteaba en heridas duras, secas y tristes. Cuyos bordes se levantaban por la ausencia de humedad. Resultaban de una apariencia peculiar. Donde no crecía el coquito ni la burda verdolaga —recuerdos invadían a Luis, en nostalgia.

—¡Qué tierra llena de contrastes y belleza que nunca ha dejado de maravillarme! —se expresó Luis de su tierra amada, donde vio la luz por primera vez.

Fue durante la Segunda Guerra Mundial que nació en una ciudad costera del norte de Suramérica. En una noche húmeda invadida por el perfume de los claveles que crecían en el patio trasero, casi en forma silvestre. Luis era el último descendiente de la unión de las familias: Touraine, Rautenberger y los africanos.

—¡Es un varón! Señora Rebeca —casi gritó la partera—. Es un apuesto descendiente de los Rautenberger.

Luis, el vástago de un matrimonio que nunca tuvo paz. De Rebeca Touraine, una pianista convertida en ama de hogar por las circunstancias de su tiempo. Mujer que fue un espíritu rebelde nacido en época equivocada, de gran ambición y testarudez. Y de Otto Rautenberger, quien fue un hombre calmado y extremadamente tradicional dominado por un gran amor a su familia. De estos dos seres, quienes pelearon y disputaron sin vencerse durante el transcurso de una vida, nació un soñador, un ser espiritual. Luis, que



nunca supo qué hacer para encontrar el reposo en una inquieta vida de discusiones e intransigencia.

*Bajo el acoso de la continua batalla  
En una riña eterna y sin ganancias  
Nació un alma perdida en la nostalgia  
La sangre bulle, la sangre inquieta  
El dominio le aseguraba el secreto  
Y el interior le carcomía, en pasión  
Cómo comprender qué era el vivir  
Sangre extraña, mezcla bárbara  
En un ser completamente incomprendido  
Perdido en un mundo que lo distraía  
De los sonidos de la música, de los sonidos de la tarde  
En las cuatro de la tarde, cuando su atención se perdía y...*



## El primer encuentro

A finales del siglo XIX, en un pueblo con pretensiones de villa, vio la luz por primera vez Silvie. La estricta niña que viviría una larga vida rodeada de un pretencioso aire de santidad. Su padre, Maurice Touraine, un francés de la provincia de porte impresionante recordaba, a quien lo veía, al profeta Jesús en sus tiempos de adolescente.

—Papá, mamá, hermanita Marie, miren, allá está la América — el niño Maurice gritó maravillado desde la cubierta del barco, que los transportaba a un nuevo continente.

La familia Touraine se expresaba a través del susurrante idioma del sur de Francia, el provenzal.

La pareja Touraine nació, se crio y contrajeron nupcias en Provenza, en el sur oriente de Francia. Tierra de vegetación mediterránea repleta de encinares, pinares y alcornoques. Perfumada por los matorrales de espliego con sus flores azuladas, los brotes grandes y blancos de la jara, el aroma del tomillo y del romero. Un campo bello donde se desbordaban los cultivos de vides, olivos y cítricos. Bajo el incomparable clima mediterráneo, de suaves inviernos y cálidos veranos, la pareja Touraine había gozado el agua a raudales de las tormentas de la primavera y del otoño. Y jugaron correteándose, bajo el verano seco. Dos seres similares que se caracterizaban por su elevada estatura, el color claro de sus cabellos y ojos de un azul profundo, unas facciones alargadas y algunas pecas en su piel clara. Aparentemente seres de proceder tranquilo, pero internamente cargados de una gran impetuosidad.

—Me preocupa un futuro incierto. Aunque esta es nuestra tierra. Aunque aquí nacimos y nos criaron. No veo posibilidades de prosperar —se quejaba el esposo Touraine con su esposa—. Me hablaron de algunos coterráneos que emigraron a la América. Ellos escribieron. Han contado que consiguieron una parcela de tierra, construyeron una casa y acumularon dinero. Comentaron que en esa tierra hay muchas posibilidades de salir adelante, criar una familia y desarrollar un buen negocio. Tenemos algunos ahorros con que pagar el pasaje y establecernos por esos lares.

Esta joven pareja se alejó de su tierra natal. En busca de fortuna, cargando sus prejuicios y con ideas diferentes a los criollos arribaron a la caldeada atmósfera de Santa Elena. La familia prosperaría en el tiempo con el apoyo de las importaciones que más tarde llegaron de su patria originaria y un arduo trabajo.

—Con el resto de nuestros ahorros abriremos una tienda. Y podemos vivir en la parte de atrás. Ese será nuestro hogar —dijo la pareja Touraine.

Más al norte, del lugar donde nacieron los Touraine, siguiendo el rumbo del valle del río Ródano. Donde se dan las frondosas moreras que alimentan a los gusanos de seda, de las factorías de sus alrededores. De aquellos orígenes importaron las famosas sedas, rasos y cintas. También los perfumes embriagadores que se consideraban como el toque final antes de asistir a una fiesta o reunión, a una comida familiar o con amigos. Esto fue el secreto del logro de esta pareja que acumuló mayor beneficio. Más cantidad de lo que alguna vez anhelaron en un tiempo. Más breve tiempo de lo que estimaron les tomaría en un comienzo. Una familia de comerciantes que al acumular dinero, con el tiempo, se convirtieron en criollos de noble estirpe.

—La gente de Santa Elena está cautivada con las telas y perfumes que importamos de Francia. Esta gente quiere despertar un aire de pretenciosa finura entre sus coterráneos —comentaban los Touraine.

Qué golpe tan mortal a su orgullo cuando Maurice, el vástago y heredero, posó sus ojos en una serena adolescente, de pura sangre

negra, descendiente de esclavos. Una muchachita que lo cautivó con su dulzura y su cuerpo tentador. El escándalo corrió desde las líneas por donde pasaba el bullicioso tren hasta las serenas residencias de la aristocracia local.

—¡Oye! Supieron que Maurice Touraine se encaprichó con una negra descendiente de esclavos de los barrios bajos —comentaron algunos.

—¡No lo creo, un Touraine enamorado de una negra! Con lo orgullosos que son —respondían otros.

La vergüenza que arrastró a la digna familia con fuertes prejuicios raciales originaría que la maldición cayera sobre la triste pareja. Marie, la hermana, juró que jamás perdonaría al hermano desleal. Y que viviría solo para asistir a su sepelio, vestida completamente de color rojo.

Nadie en la villa y sus alrededores comprendió como un joven educado por religiosos franceses de la congregación de La Salle hubiera sucumbido a los encantos de una adolescente inculta. Maurice manejaba con soltura el mínimo de siete cubiertos en cada comida. Matilda vivía en las chozas pobres del otro lado del pueblo y comía con sus manos.

—¿Cómo es posible que nos suceda esto? Maurice se ha enredado con una negrita de los arrabales —comentaba la pareja Touraine—. Un muchacho que hemos levantado con tan buena educación y amplia cultura. ¡Se ha enamorado de una muchacha inculta! Es prácticamente una sirvienta. No sabe leer. No ha ido a ningún colegio. Ni siquiera practica el catolicismo. ¡Es un verdadero caos! —se expresaban, impetuosamente.

Maurice casi ni hablaba en castellano, ya que su medio de comunicación siempre había sido el francés y ocasionalmente el provenzal. Mientras que Matilda a duras penas hablaba un castellano con mezcla de dialectos desconocidos que aún oía en su grupo familiar. Matilda nunca había aprendido a leer. Ni tampoco había asistido a ninguna escuela. Desde pequeña lo que conocía más lo había recibido a través de historias que habían pasado de generación a generación por medio del habla.

Gran parte de las familias patricias deseaban como futuro esposo para sus hijas al joven Maurice. Él disfrutaba de digno linaje, apostura, categoría social y fortuna acumulada en su clan familiar. Adicionalmente, poseía una esmerada formación y una personalidad encantadora, amante del estudio y de carácter afable. Pero él se había descarriado por una chiquilla ignorante y de baja casta. La rabia y frustración contaminaron a casi todos aquellos que lo conocían y encendieron los rumores. Más tarde, se convirtieron en habladurías cargadas de destructiva intención y deseo de agravio.

—¿Has oído el rumor? Maurice Touraine solo vive metido en los barrios bajos embobado con una negra descendiente de esclavos libertos. ¿Puedes creer lo que oyes? Con tantas niñas de buena familia, dignas y educadas que viven en Santa Elena. Maurice Touraine ha enloquecido. ¡Qué vergüenza para esa familia! —se esparcía el rumor.

Solo Maurice conocía el origen de aquel hechizo que lo dejó sembrado en la tierra la primera vez que vio a la negra sensual. Él, un joven de carácter amable y de gran sensibilidad, se recreaba en una pintura de Monet. Y se conmovía con el dolor de los niños desnudos y hambrientos del lado pobre de la localidad.

—Que tiernos son estos pobres inocentes que a duras penas tienen algo con que alimentarse. Creo que si les enseño el catecismo puedo mitigar su sufrimiento —se expresaba Maurice.

En varias oportunidades, cuando se acercaba hasta aquellos confines, los chiquillos negros le preguntaban a Maurice:

—¿Eres el señor de las láminas que están en el libro del Nuevo Testamento? —debido a su semejanza con el físico del Cristo adolescente.

Aquella tarde de octubre, Maurice levantó su vista del libro cuando escuchó la risa más cantarina que jamás había oído. Y sus claros ojos del añil del cielo se toparon con ella. Caminaba como si el suelo le perteneciera. Y sus caderas se movían como en una invitación al pecado.

—Esta muchacha evoca el pecado de la carne. Del que tanto he oído en mi colegio en los sermones de la misa diaria, pero que nunca he probado.

Aquel cuerpo de tentación emanaba olor a camelias. Fragancia demasiado dulce, muy empalagosa, que hasta adelantaba una hartura mucho antes de aun saborearla. De formas voluptuosas y que contrastaba con la dulzura de su sonrisa en una faz que todavía indicaba su completa virginidad. Cómo podría olvidar jamás a aquel ser que encantó su corazón desde aquel instante de su encuentro hasta el último día de su accidentada vida. Perdió el interés en sus estudios. Y su hambre plagada de deseos se multiplicó al solo vislumbrarla.

—¡Mi Dios! Esa muchacha es tan bella, tan dulce. Casi no puedo ni respirar cuando la veo. Y este fogaje que me invade —murmuraba un asombrado Maurice.

Se llamaba Matilda. Una muchacha dulce de carácter suave, que no conocía la ira y mucho menos las malas intenciones, le sonrió más con burla que con gracia. Y pensó que estaba enfermo porque jamás había observado a un joven tan pálido entre su diario vivir. Pero cuando ella contempló aquellos ojos que la miraban embelesados comprendió. Sin lugar a dudas, que el cielo estaba en aquellos ojos.

—¡Ay! Si parece que está enfermo. ¡Qué blanco! Es como la leche de vaca —se asombraba Matilda—. ¡Qué mirada! Se parece al cielo del verano.

Fue el comienzo de una pasión que duraría una eternidad. Y que desencadenaría odios y penas desde ese momento hasta el futuro de muchas generaciones en el tiempo.

Dos seres, Maurice y Matilda, sin poder evitarlo, se juntaron para profesarse un amor y un sentido de compañerismo que duró una vida completa. Sentimientos que se adueñaron de cada fibra de sus corazones hasta más allá de la muerte. Seres que dedicaron su existencia para ejercer el bien. Aun cuando fueron el objeto del odio, de la censura, de la crítica y del desdén de toda una sociedad que se caracterizó por la intransigencia.

Desde el primer encuentro, y sin poder evitarlo, Maurice visitó cada jornada el barrio donde vivía la prieta bonita. Su recuerdo le perseguía en ausencia. Su memoria le brindaba el más nítido y deleitoso recuerdo de aquella humanidad que le convertía su sangre en un tumulto más rápido e incontenible que el río. Aquel flujo de agua que en el invierno santaeleno corría sin freno aun desbordándose de su lecho. Por momentos su atención se perdía. Y se extasiaba gozándose en un sentir que jamás en su pasado pudo haber tenido.

—Esta sensación es inquietante. Me arde la sangre cada vez que la veo. Me sudan las manos —se decía Maurice a sí mismo.

Al retirarse a su habitación, aquel sitio que en otra época había sido el escenario que cobijaba sus estudios y su rezo diario, y hasta el momento que adormecido se sumía en el sueño, la mujer hermosa ocupaba su sentimiento y enardecía su pasión. Suspiros entrecortados interrumpían el silencio de la estancia.

—Solo deseo acercarme a ella. Poder acariciarla con mi vista. Y cubrir sus sinuosas formas con mis manos. ¡Ah! —suspiraba Maurice— ,mi cuerpo se niega a todo tipo de reposo. Antes podía controlarlo con el apego a mi religión, a mis deportes entrenados con ahínco y a mis estudios absorbentes. Ahora solo anhelo el recreo en este afecto que me ha inspirado esa morena linda.

Durante la noche el descanso requerido era varias veces trunco por despertares de sueños colmados de ansia. Maurice buscaba algo que estrechar a su cuerpo que simulara la figura anhelada de la doncella que lo había impactado. Cuando regresaba al lugar donde ella vivía, solo sus ojos la buscaban. Y a veces caminaba largos trechos para conseguir contemplarla en actitud como bajo un encantamiento.

—¿Dónde estará la muchacha? Deseo verla. Tengo que verla. La necesito —afirmaba Maurice.

A Matilda la presencia del joven le provocaba una suave alegría y sonrisas. Risas que en algunos casos podían tornarse en carcajadas al captar la atención con que le complacía. Parecía que



su adoración fuera el efecto de una hipnosis. Fascinación que le satisfacía.

—Ese muchacho me mira embobado. Le gusto —exclamaba Matilda, la morena bella.

En Matilda, desde el primer día que le vio, de forma similar, su evocación estaba siempre allí, latente, constante e inquietante. En su doncellería sintió los calores de la atracción física. A veces huía en desamparo porque un miedo le contagiaba. Quizá si se abandonaba al arrastre de su exaltación llegaría hasta el hombre para sentir su cuerpo al toque del suyo. Más valía evadirse de esa desconocida, hasta ahora, pasión. Ella presentía que quizá no podría contenerse. Y en entrega se dejaría amar por el joven que la idolatraba con su contemplación.

—Que arduo es controlar mi respiración cuando el muchacho me mira. Mi corazón quiere salirse por mi boca. ¡Qué emoción tan fuerte y agradable! —se maravillaba Matilda.

Era imposible disimular el galope de su corazón ya inquieto, ya insatisfecho y solicitante.

—¿Es aquello de lo que algunas veces escuché de las mujeres adultas que referían sobre lo que percibían de los varones? De aquellos hombres que se apropiaban de sus vidas y sus noches —reflexionaba Matilda.

Anhelaba departir de aquello con alguien. Pero más dominaba la aprensión a la burla que su curiosidad tocante al esclarecimiento a su sentir. En inocencia, Matilda se conservaba. Y en lejanía se mantenía del ser, objeto de su intranquilidad muy constante.

—Cuánto calor me provoca ese muchacho cuando lo veo. Quisiera conversar con alguien lo que me pasa. ¡No, no lo haré! Seguro se burlarán de mí.

Maurice, con solo mirarla, sentía que todo su cuerpo correspondía a aquella belleza que tanta seducción le originaba. Cuando volvía a su lugar, a su hogar, a su soledad, los dolores en su bajo vientre le perseguían con mucho ahínco. Que a veces ni podía tocarse en aquellas zonas de su cuerpo martirizado por un deseo

insatisfecho. Solo la buscaba para luego, afligido bajo el dolor de su ausencia, padecer el ansia. Decidió hablar con su confesor acerca de lo que le acontecía.

—¡Qué excitación siento solo al verla! Y ese dolor en el bajo vientre es fuerte. Debo hablar con mi confesor —comentaba Maurice.

Aquel clérigo que le había guiado desde su niñez hacia su adolescencia le comprendió. El cura simplemente le ofreció dos alternativas:

—Como solución, intensifica tu práctica del deporte y las duchas nocturnas, cuando el agua corre más fría. Y debes poner un límite en las visitas a donde vive la chiquilla. O contrae nupcias y da rienda suelta a tu necesidad —el confesor le ofreció.

En antelación, el cura intuía que esa unión era casi prohibida. Que ese enlace acarrearía multitud de sinsabores. Pero a su vez, bajo su análisis, entendía que un dios había concedido el surgimiento de este amor en un solo encuentro.

—Ese sentimiento conlleva a una razón poderosa. Por tanto adivino que una separación es casi imposible —comentó el cura.

En demasía, el sacerdote fue hasta cierto punto cómplice de la pareja ayudando a esa unión vedada.

Matilda, con su corazón joven e inocente, jamás comprendió los tiempos a que se enfrentaría. Colmada de un romanticismo similar al escuchado de tantas novias en su núcleo familiar y grupos amigos, se dejó envolver en algo que ella encontraba más tremendo que su voluntad. Siempre caracterizada por una fortaleza casi indomable.

Con el transcurrir del tiempo, Maurice y Matilda se hallaron tantas tardes. Y bajo la caricia de sus miradas cándidas dejaron correr por sus venas el influjo de una sangre enardecida. Sus mentes consintieron al desenlace comprensible y esperado de una pasión casi impetuosa.

Qué más podían hacer o enfrentar, más que vivirla sin conocimientos, sin previa experiencia. Pero eso sí, como el párroco lo indicó y exigió desde un comienzo, pasión santificada por un sa-

cramento. Tal como un dios lo comandó al nacer del tiempo y a través de una religión. Era algo imprescindible en la vida de Maurice. Aunque alejada en la de Matilda, quien fue criada en abandono de una iglesia despegada de las laderas parias del pueblo que la vio nacer.

Su unión desde el comienzo se vio amenazada por la familia de Maurice, que nunca la aceptó. Y que, en consecuencia, en abandono, solidificó esa relación. Dos seres que lo que solo le pidieron a la vida fue que les diera una oportunidad para recrear su querer y su extrema bondad. Perdonaron a todos aquellos que murmuraron de ellos. Ayudaron aun a sus enemigos. Y jamás de sus bocas se emitió una respuesta airada a la persecución de la que fueron objeto.

—Todos nos critican. Pero ellos, el pueblo, no comprenden que nos amamos. ¿Qué podemos hacer? Es un sentimiento indomable. Solo nos queda vivirlo —se expresaba Maurice.

En una tarde en dejadez, casi en sigilo, sin la asistencia de la familia de ella y mucho menos de la de él, Maurice y Matilda se unieron bajo la consagración del único cómplice a su amor ya amenazado. Parecía que hasta la vida misma se había compinchado para que todo ocurriera en un protector y máximo secreto. Las puertas de la iglesia clausuradas a la curiosidad del público vespertino mantenían el recinto en cónclave. Los rezos del cura eran casi inadvertidos para que ni siquiera el viento los escuchara y propagara. Ellos, la pareja, solo percibieron la solemnidad del momento en que sus vidas se entrecruzaban en un lazo inalterable por nadie ni por nada. Solo el amor perfumaba la atmósfera ceremoniosa. Una felicidad profusa se vertió desde el corazón de los amantes. Saturando de igual forma al oficiante que hasta humedad sintió en sus pupilas al contemplarlos en fuerza y arrojo. Lo que requerían para su futuro incierto.

—Sí acepto, en la salud y en la enfermedad —susurró Maurice.

—Sí acepto, en la riqueza y en la pobreza —musitó Matilda.

—Y hasta que la muerte nos separe —murmuraron los dos juntos.

—Que aquello que Dios ha unido no lo separe el hombre —  
sentenció el cura.

Y con esa falta de atención a su entorno, y solo viviendo la promesa que con sus miradas se impartían, Maurice y Matilda se fugaron en busca de una intimidad largamente esperada. Allí, en la casita junto al arrullo del mar, donde fueron saludados por la luna nueva. Bajo un manto de estrellas que se esparcía hasta el infinito.

Dos seres nacidos de dos orígenes muy impares, tan lejanos, se cobijaron bajo el embrujo de su amor inalterable. Él, bisoño, vehemente, ignorante, la desnudó con manos temblorosas. Y ella, también joven, aún más inocente e igualmente impetuosa, solo instó a su varón con apuros. Sus cuerpos se rozaron despojados brindándose en pasión. Y sus bocas se buscaron bebiéndose en deleite. El fogaje que les poseía caldeó el ambiente provocando un sudor salado copioso que cubrió sus cuerpos trémulos en una entrega sin restricción, descuidadamente. Solo con lo único que conocían de ella, la impaciencia. Sus manos sin descanso cubrieron íntegramente la superficie de sus cuerpos. Y su entrega fue limpia, total y sin mancha. Como solo los amantes saben, intuyen y provocan desde que el mundo es mundo. Desde sus orígenes, cuando su creación se recreó en seres diferentes pero totalmente acoplados. Seres nacidos para su encuentro y por el largo trayecto de sus vidas.

—Te amo y te amaré por siempre —prometió el varón.

—Y mi entrega es y será eterna —prometió la mujer.

Maurice y Matilda fueron marcados por la tragedia. Fue precisamente sobre su descendencia donde se recreó más el dolor, sobre sus inocentes hijos. Hasta justificaban la persecución por parte de los demás que expresaban que se lo merecían. Porque ellos habían mezclado dos extremos que ni el mismo Dios lo debió haber permitido, sus sangres diferentes.

Lo que la gente nunca comprendió es que fueron entrañablemente felices en su hogar, en su intimidad. Precisamente las grandes diferencias que caracterizaban su unión era lo que la fortalecía. Adoraron a sus hijos, fueran negros o fueran blancos o *café con leche*,

como algunos los llamaban. Pero los criaron con decencia. Y con aquello que distinguió a estos dos seres, un amor incondicional e inagotable.

